



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 7 de diciembre de 1997

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy el segundo domingo de Adviento, tiempo propicio para dejar que la palabra de Dios ilumine más profundamente nuestro corazón y nuestra mente, a fin de que el Espíritu Santo nos disponga a acoger dignamente al Señor que viene.

En la liturgia de hoy destaca la figura de Juan Bautista, profeta enviado a preparar el camino al Mesías. Su voz grita «en el desierto», a donde se retiró y donde —como dice el evangelista san Lucas— «vino la palabra de Dios sobre él» (*Jn* 3, 2), convirtiéndolo en heraldo del Reino divino.

¿Cómo no acoger también nosotros su enérgica invitación a la conversión, al recogimiento y a la austeridad, en una época, como la nuestra, cada vez más expuesta a la dispersión, a la fragmentación interior y al culto de la apariencia? A primera vista, el «desierto» evoca sensaciones de soledad, de extravío y de miedo; pero el «desierto» constituye también el lugar providencial del encuentro con Dios.

2. Resuena de generación en generación la exhortación de san Juan Bautista: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado; lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos» (*Lc* 3, 4-5). ¡Cuán urgente y actual es esta exhortación, tanto a nivel personal como social! Dios quiere venir a habitar con los hombres de todos los lugares y de todas las épocas, y los llama a cooperar con él en la obra de la salvación.

Pero ¿cómo? La liturgia de hoy nos da la respuesta: «enderezando» las injusticias; «rellenando»

los vacíos de bondad, de misericordia, de respeto y comprensión; «rebajando » el orgullo, las barreras, las violencias; «allanando » todo lo que impide a las personas una vida libre y digna. Sólo así podremos prepararnos para celebrar de modo auténtico la Navidad.

3. En la víspera de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, dirijamos nuestra mirada a María, humilde esclava del Señor, que cooperó en la acción del Espíritu Santo.

Que el mismo Espíritu Santo, que inflamó de fe, esperanza y caridad su corazón inmaculado, renueve nuestra conciencia para que, allanando los caminos de la justicia y del bien, nos dispongamos a acoger al Emmanuel, el Dios con nosotros.